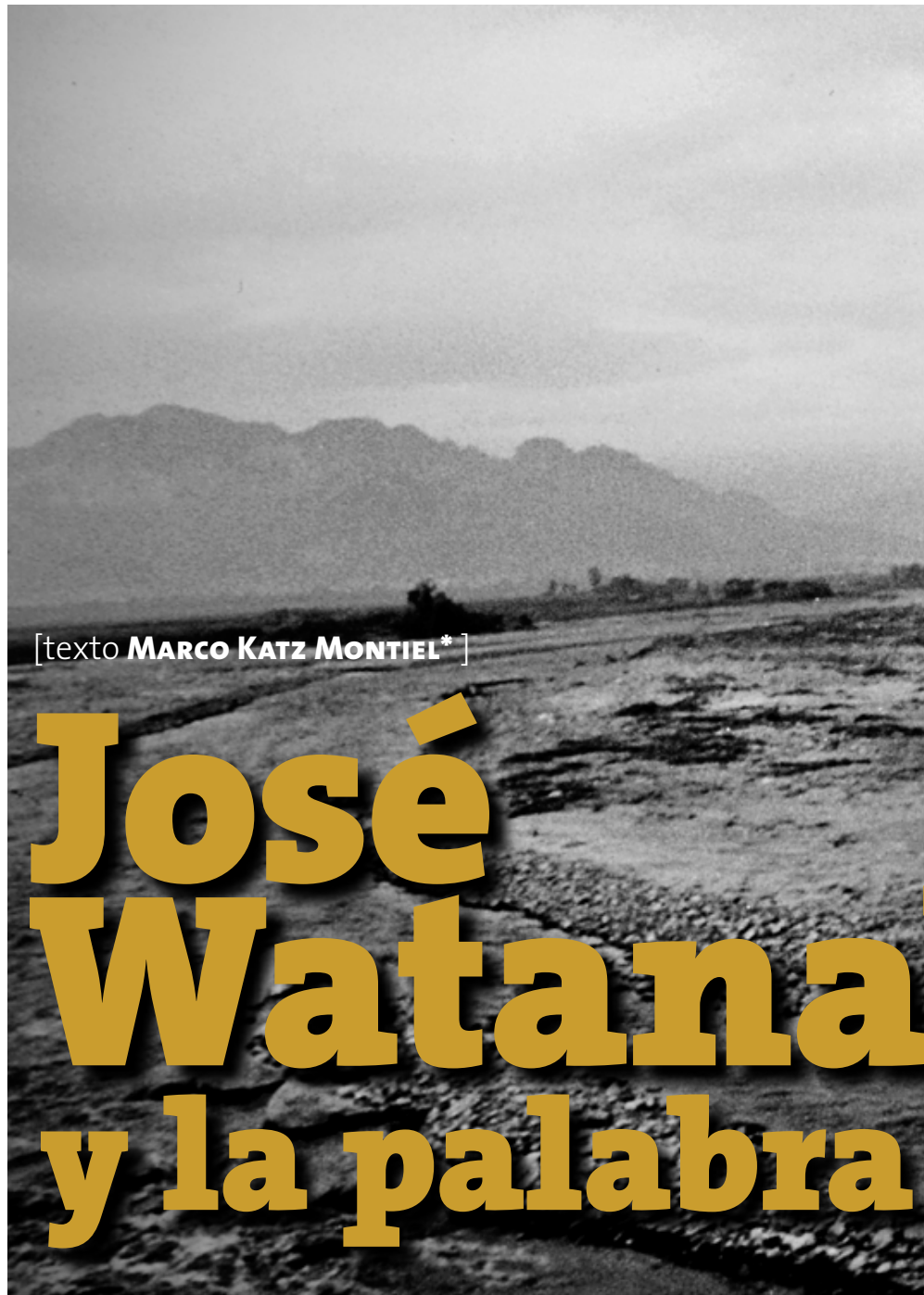


Para José Watanabe (1945-2007) la creación de su propia identidad dependía del uso de las palabras al igual que la identidad de sus antepasados maternos había dependido del huso de las hilazas. En la poesía de Watanabe, las palabras recrean vínculos con dos entidades: la tierra, que es un lugar particular, y el cuerpo, que conlleva el significado del texto hacia lo universal. No abogo aquí por un entendimiento sencillo de lo universal; sin embargo, los textos de Watanabe muestran cómo la definición de lo universal depende del punto de vista local y de las creaciones individuales.

Al llegar al aeropuerto de Trujillo le pregunté al taxista si me podía llevar a Laredo y si, de casualidad, sabía algo de Watanabe. Igual que otros peruanos con quienes he hablado, él había visto *Alias "La Gringa"*. Esta película ofrece una visión sobre el individuo en contra de la sociedad que lo rodea; asimismo, la obra abarca un tema visto en su poesía, la identidad. En un momento, aparentemente sin importancia, un vigilante grita los nombres y las chapas de los prisioneros de la cárcel en la que se encuentra el protagonista. Entre los reos se oye "Watanabe Varas, José, alias 'El Chino'".

Los peruanos que han visto la película deben saber que Watanabe no es chino ya que su padre vino al Perú desde Japón en 1919. Pero Watanabe tampoco es japonés. Aunque el poeta reconoce la influencia de su herencia paterna, él ha crecido en un ambiente peruano y ha aprendido castellano como su lengua materna. Como observa el escritor Augusto Higa Oshiro, "nos expresábamos en castellano, profesábamos la religión católica, y aparentemente el sentido del humor y la diversión, la conciencia del yo, la confianza



[texto MARCO KATZ MONTIEL*]

José Watanabe y la palabra

en la familia, estaban marcados por los patrones de conducta generales en Lima y provincias. Nos considerábamos productos naturales del Perú, con alguna diferencia de matiz y un particular colorido". No obstante, la realización de una identidad propia no fue tan fácil para los hijos y los nietos de los inmigrantes, especialmente los hijos de matrimonios mixtos. "Lo que pasa es que para mí ha sido difícil conseguir interiorizar el concepto de patria", afirmó Watanabe durante una entrevista con Alonso Rabí Do Car-

mo, "porque soy birracial, como dicen ahora en Estados Unidos. Mi padre es japonés y mi madre peruana, peruana chola, entonces yo he vivido en estos dos mundos. Claro, uno dice 'soy peruano', pero en realidad yo tuve que conseguir ser peruano".

En el caso de Watanabe, las críticas tienden a enfocarse en la posición del autor en su entorno nikkei. Eduardo Chirinos atribuye las influencias de Stéphane Mallarmé y "la lección estética y moral que le impartiera su padre". No hay nada incorrecto en este enfo-



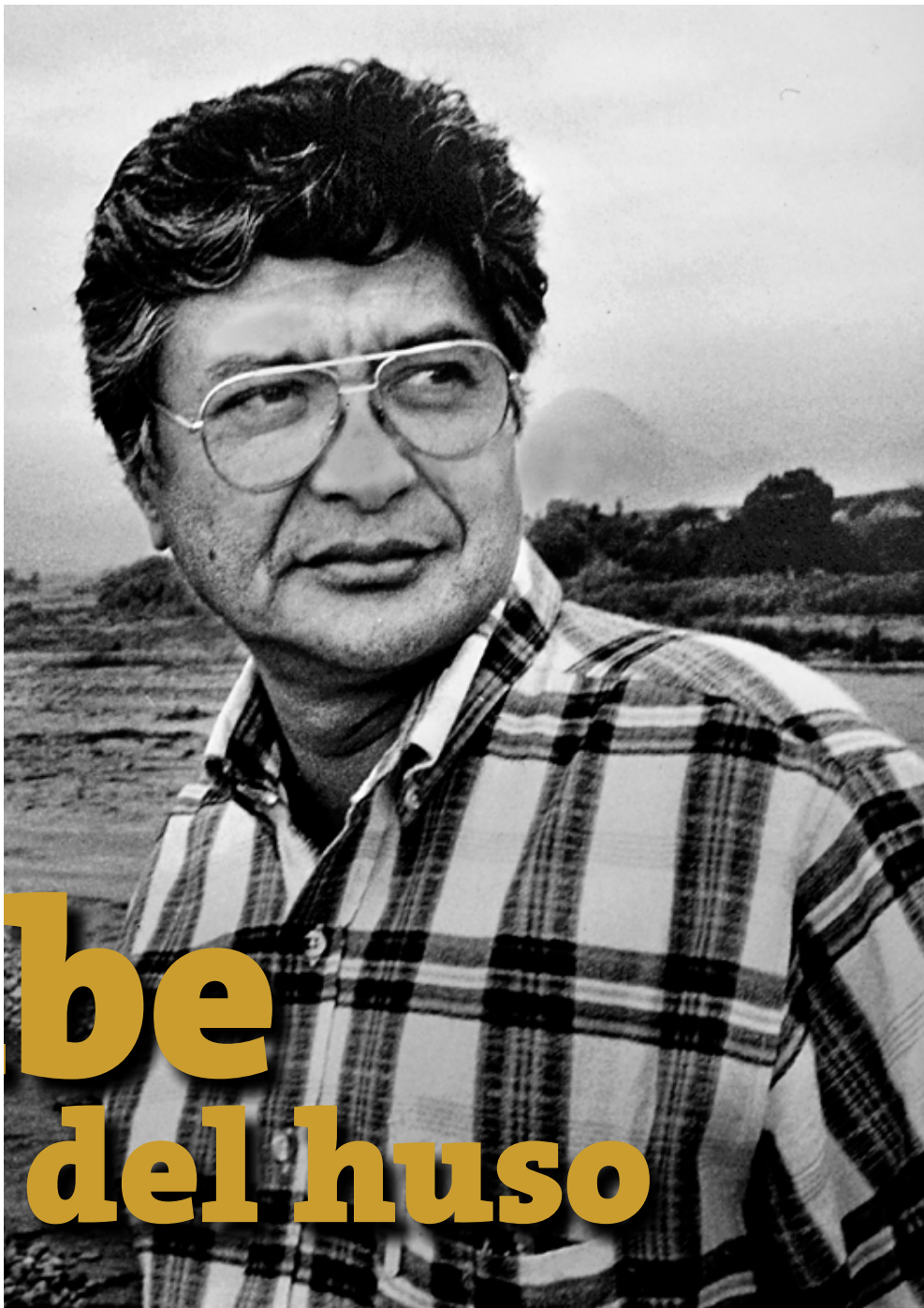


Foto: Oscar Chamblí

be del huso

Foto: M. Elizabeth "Betsy" Boone



Casa de los Watanabe Varas en Laredo.

que ya que las influencias de su padre y la cultura nikkei en el Perú todavía merecen atención. En este artículo, sin embargo, intento una consideración que incluye a los Varas, la rama materna de este autor, para ampliar el territorio de uno de sus dos mundos. Veo un vínculo clave en el título de su segundo tomo, *El huso de la palabra*, que provee un retruécano útil para este estudio literario. Empezaré con el empleo del huso en la fabricación de las palabras y entonces me enfocaré en la poesía de Watanabe para considerar la

fabricación de su identidad (o sus identidades).

En esta consideración de los usos y los husos de las palabras, debemos abordar unas posibilidades textuales. En general, los filólogos delimitan los textos como letras encima de un fondo, por ejemplo los jeroglíficos tallados en piedras o la tinta encima de papel. Sabemos, sin embargo, que otras opciones existen. El Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú contiene una exposición de textiles de los siglos 400-200 a. C. "Estos textiles," señala una etiqueta didáctica, "expresaron el pensamiento de la época y fueron utilizados como un medio de difusión de la ideología religiosa del momento". Y los textiles no consisten solo en mantas y frazadas; las hilazas individuales también pueden estar cargadas con mensajes. Durante el reino de los incas, los quipus, hilazas arregladas con pautas de nudos, servían como textos importantes en el mantenimiento del imperio. Según el Museo, "los quipus presentan información demográfica y tributaria, esta última se rendía en forma de labor y servicios, a veces tenían una dimensión calendárica, básica para la administración de las obligaciones comunitarias." Además, los gobernadores incaicos guardaban bibliotecas, "archivos de quipus en sus casas, probablemente con información censal y tributaria". A pesar de las afirmaciones sobre la falta de escritura entre las naciones precolombinas es obvio que los textiles sí sirvieron como textos. Y la creación de los textos de textiles, tanto los quipus como las mantas, empleaba el huso de las hilazas, es decir el huso de la palabra.

La publicación de *El huso de la palabra* en 1989 coincidió con el regreso al Perú del poeta luego de una cirugía en un hospital alemán. Igual que su padre, Watanabe había con-

○ LITERATURA

traído el cáncer que lo habría de aniquilar 18 años después. *El ombligo en el adobe*, una biografía del poeta escrita por Maribel De Paz, describe la bienvenida al poeta y su nueva obra. “No por nada,” observa De Paz, “el vate creía que la poesía era un producto parido por la vida cotidiana, permitiendo la elevación de lo prosaico”. A través de lo cotidiano y lo prosaico, Watanabe buscaba su propia patria. “Cuando me pregunté por mi patria, me dije: primero mi cuerpo, luego Laredo”, explicó en la entrevista con Rabi Do Carmo. “Ese Laredo que vive en mi corazón o en mi imaginación, es el único lugar donde me siento realmente bien. Cuando digo que el estilo es el lugar donde poso mi alma, pues, mi estilo es Laredo, es allí donde poso mi alma”.

En *Mito, cuerpo y modernidad en la poesía de José Watanabe*, Camilo Fernández Cozman afirma que *El huso de la palabra* se “trata de la revaloración del trabajo artesanal por parte de un poeta que asume plenamente su individualidad y conciencia crítica en relación con el papel que debe cumplir el lenguaje en el arte”. En el tomo, Watanabe se refiere a su propia artesanía:

Es como si cumpliera la amenaza de la madre sibilina

Al niño que estaba descubriéndose, curioso,

en su imagen:

“Tanto te miras en el espejo que algún día terminarás por no verte”.

Los versos que irreprimiblemente tarjo

se llevarán siempre mi poema.

Aquí el espejo está transformado por Watanabe en un palimpsesto en que cada imagen cubre las imágenes anteriores. Así es con el cuerpo y los textos; un ser humano consiste en una colección de sus cuerpos anteriores y cada poema lleva sus propios borradores. Y esta arte-



Foto: M. Elizabeth “Betsy” Boone

En la Biblioteca municipal José Watanabe Varas en Laredo, el autor acompañado del profesor Félix Gutiérrez y del bibliotecario Roel García.

sanía requiere nuevas formas literarias. Señalando la necesidad de una literatura local, un chotacabras grita desde el aire: “Aquí no, tu dulce égloga no”. Es obvio que lo universal europeo no sirve acá. Este lugar requiere un universal suyo.

Veo en Watanabe una figura clave, igual que el Inca Garcilaso de la Vega, en la literatura americana. “El logro extraordinario del Inca Garcilaso de la Vega”, escribe Mario Vargas Llosa, “ocurre en el lenguaje: es literario. De él se ha dicho que fue el primer mestizo, el primero en reivindicar, con orgullo, su condición de indio y de español, y, de este modo, también, el primer peruano o hispanoamericano de conciencia y corazón”. Según Vargas Llosa, “lo revolucionario” del Inca, “lo que ahora llamaríamos ‘la identidad’”, consiste en sus mezclas sobre-nacionalistas. “Por eso”, escribe, “nadie trate de valerse de las bellas páginas que escribió el Inca Garcilaso de la Vega para acarrear agua al molino del nacionalismo.” Para Vargas



***MARCO KATZ MONTIEL PhD, músico y filólogo, enseña literatura en la Universidad Grant MacEwan de Canadá.**

Llosa, el Perú tiene la “aptitud para abrirse a las demás culturas e incorporarlas a la propia, que tanto admiraba en sus ancestros incas.” En efecto, el imperio incaico consistió en una conglomeración de los chimú, los aymara y otros grupos que eran uniones de tribus aun anteriores como los moche, los nazca y otras que desaparecen en las nieblas de la aurora del mundo. Igual que los españoles –que combinaban las sangres y las culturas de África y el Medio Oriente con el catolicismo de Europa– los autóctonos de América eran multiculturales.

Remontando así el pasado la historia de las letras peruanas, podemos ver el futuro desde el punto de vista de José Watanabe Varas, el mestizo de Oriente y Occidente que combina la cultura de Japón –que incluye, por lo menos, aglomeraciones de los chinos y los ainu (autóctonos de Japón)– con el mestizaje ya alcanzado en el Perú. Así entendemos que este poeta oriundo de Laredo no es completamente peruano mientras que sí es sumamente peruano. Y en esta voz que viene de una boca con más de dos identidades, se oye lo universal colocado en lo local, un mensaje para todos que solo se pudiera manifestar en un sitio, Laredo. En un breve párrafo dentro de *El huso de la palabra*, el escritor relata sus pensamientos después de una transfusión sanguínea. A veces las historias se tratan de la sangre como señal de raíces culturales pero aquí es el elemento que une a los seres humanos. “Esta sangre que me reconforta es anónima. Puede ser de cualquiera”, escribe. “Habla, sin retórica, de una fraternidad más vasta. Dice que viene de parte de todos, que la reciba como un envío de la especie”. Así es la palabra de Watanabe, una voz particular de un pueblo individual y simultáneamente un envío de la especie entera.